

V CERTAMEN LITERARIO IES LOS ALCORES (2006)

OBRAS PREMIADAS

1	<a href="#">Diario de una bulímica</a>	Adrián Rodríguez Morales	NARRATIVA	1º,2º,3º ESO	2º PREMIO
2	<a href="#">Callejón sin salida</a>	María de los Ángeles Lorente Ortiz	NARRATIVA	1º,2º,3º ESO	1º PREMIO
3	<a href="#">Embrujo</a>	Laura Boj Parada	NARRATIVA	4º,1º,2º BACH	2º PREMIO
4	<a href="#">Unidas por un sueño</a>	Laura Morán Iglesias	NARRATIVA	4º,1º,2º BACH	1º PREMIO

## DIARIO DE UNA BULÍMICA

-¡Claudia, a comer!

Me levanto del sofá y me dirijo, hambrienta, hacia la cocina, donde esperan mis padres y mi hermano a que me sienten junto a ellos.

Día a día el reflejo de mi cuerpo parpadea ante los cristales, ante los espejos. Sé que no soy fea, sé que soy bonita, pero sepan que no me basta, porque aún queda algo: estoy gorda. Me veo gorda. Nadie que aprecie va a afirmármelo y, aunque en realidad no lo esté, no me siento bien. ¿No ven que me estoy deshaciendo paso a paso? No haré deporte, no haré dietas. Bah, esto no funciona ¿es que no se dan cuenta? Mi amiga bromea con el tema, me aparta de la acera al mismo tiempo que se ríe y dice que me eche a un lado ya que los demás transeúntes no pueden caminar si yo les bloqueo el paso con mi cuerpo. Bromas, bromas, bromas... Pero no es ninguna broma. ¡Me preocupa mi cuerpo! No todo es el físico... ¿Cuántas veces lo habré escuchado? Bien, interiormente soy una muy agradable persona –aunque a veces piense todo lo contrario-, pero no tengo tiempo para esperar a que la gente descubra que no todo es el físico y pase a analizarme como persona. No, no hay tiempo. La sociedad de hoy en día ha provocado esto. Ha provocado que me sienta así. Los cuerpos bonitos, la moda, los maniquís de las tiendas, las “palillo-andantes” agarradas a sus chicos, la televisión... Y bien, aquí estoy. A desacuerdo conmigo. Odio mis grasas, odio mi cuerpo. Me odio tanto que a veces siento la necesidad de abrazarme a mi misma, de sentir que hay alguien que conoce mis sentimientos, mis preocupaciones... Mi otro yo. Somos dos en una: la que haría siempre lo correcto y, la que lo haría siempre pero no lo consigue. Ahora mismo ninguna hace lo correcto. La que hacía lo correcto está en mi mente, en mi conciencia. Pero mi persona no la escucha, no la escucha...

Termino de comer.

Bf, parezco un cerdo en la mesa. ¿En serio mis padres no se avergüenzan de mí? ¿Cómo puede caber tanto en un espacio tan reducido como mi estómago? ¿Cómo se puede ser tan glotona? ¿Tan buitre? Me siento mal, me siento culpable y no sé exactamente bien por qué.

-Después ya cogeré algo de postre. –digo.

-Está bien. –responde mi madre.

A continuación retiro mi plato, mi vaso y mis cubiertos y, después, me retiro yo.

Me dirijo directa al baño. Sé que mis padres no pensarán mal. ¿Qué se va a hacer en un baño? Lo normal... Pero lo que estoy dispuesta a hacer yo no lo es. Sé que no lo es.

Pero sin embargo, lo hago. Introduzco los dedos en mi boca, los mantengo sujetando la campanilla hacia atrás. La primera arcada, la primera vomitera. Lo he hecho. Ya no hay vuelta atrás.

La primera vez conseguí echar poco, muy poco. Pero tras varias veces intentándolo, cada vez consigo echar más.

Sé y conozco historias de gente que empezó así. Pero a ver... ¿Qué me pasará porque lo haga de vez en cuando? Si no lo expulso de esta manera... ¿Cómo lo voy a hacer? Apenas he podido dormir. Me levanto. Son las 7. Me ducho. Tardo media hora. Salgo, cojo una toalla y me envuelvo en ella.

Cuando ya he entrado en calor, dejo que caiga. Ésta se queda en el suelo. Yo permanezco quieta un par de minutos, mirándome fijamente en el espejo. Deberían eliminarlos. A todos, a todos... ¿Para qué existen los espejos? ¡Para crearnos complejos! Me sitúo delante de éste de perfil. Observo mi vientre.

Es asqueroso. No desaparece. Toda esta grasa, todo este bulto no desaparece... Me estremezco. ¿Qué me estoy haciendo? Bien, solamente han sido unas cuantas veces pero... ¿Por qué me hago daño a mí misma? ¿No debería quererme? ¡Soy yo! ¿Por qué lo hago? Ah, sí... Para gustarles. A

todos. Para que ellas no me repasen de arriba abajo, burlándose de mí. Y para que ellos me miren. Qué ridícula... Me visto, no quiero verme más. Soy imbécil. Tras vestirme, me dirijo hacia la cocina. Bebo agua. Meto la botella en la nevera. Bf... Qué hambre tengo. Qué ganas de comer. ¿Por qué soy tan cerda? ¿Por qué como tanto? No puede ser... No puede ser... Aprovecho cada momento en que estoy sola para inflarme a cochinadas. Y después... Intento vomitarlo. No debería hacerlo ya por el simple hecho en que mis padres pagan por lo que vomito. ¡Pagan por ello! Debería darme vergüenza...

-¿No te llevas desayuno? –me pregunta mi madre, que acaba de levantarse, desde el pasillo.

¿Desayuno? ¡Más quisiera! Pero no. Si no hay comida, no hay opción a engordar. ¿O sí?

-No, ya me lo compraré en el colegio.

-El desayuno es...

-...lo más importante del día... –recito, poniendo los ojos en blanco. –Ya lo sé, pero no tengo hambre.

No poco... pienso.

Son las 11 menos veinte del mediodía. Suena la alarma que indica la hora del recreo. Acompaño a mi amiga a comprarse el desayuno. Y al final, acabo comprándomelo yo. Me siento fatal.

¿Prisionera de mi cuerpo? Ps, quizás.

Paso el día deseando ir al baño. Echar lo que como de cualquier manera. Créeme cuando te digo que aún me resulta ridículo hacer esto. Yo no soy nada de lo que podría pensar la gente cuando le contase esto. Es simplemente como si me encontrase enferma durante una temporada. ¿No se vomita? Pues yo vomito. Vomito a medias. Aún no lo sé hacer como me gustaría. No lo hago después de cada comida. Lo hago cuando me apetece, porque también cansa. Lo hago cuando estoy sola, para que no me oigan. Lo hago.

Esta tarde volví a mirarme en el asqueroso espejo de mi baño y... ¿sabes qué? Ví algo así como pequitas en mi cara. No son pequitas, son puntitos rojos. Están en mis párpados y en mis mejillas. Estoy preocupada. No sé si serán de... de eso. Me da vergüenza reconocerlo. Me da vergüenza que si se lo cuento a mi mejor amiga crea que soy de "ésas" locas que hacen eso... ¡Yo no lo soy! Solamente estoy probando un poco...

Ah, acaba de llegar mi madre. La saludo, le pregunto qué tal le ha ido en el trabajo y, después, le digo que se fije en mi cara.

-¿Ves algo extraño?

Me mira y me responde que no.

-¿No? ¿Y estos puntitos rojos?

Tras unos minutos, me explica que éstos habrán aparecido por haber hecho un sobreesfuerzo. Me pregunta si me acuerdo de algo que haya hecho últimamente que me lo haya provocado.

-¿Flexiones quizás? –pregunta mi madre.

-No sé. Ahora no recuerdo... –miento. Sí, estoy segura que es de "eso"...

Por la noche me siento estúpida. Oh, qué gran novedad, como siempre. Es extraño, a veces me siento genial, ya que sé valorarme a mí misma. Pero otras...

Y este momento es uno de esos otros momentos. Me conecto a Internet y hablo con mi mejor

amiga. Miento y le cuento que esta tarde he intentado vomitar algo. Se lo cuento medio en broma, para que no se lo tome en serio. ¿Por qué se lo cuento? Me dice que no hace gracia, que no tiene ninguna gracia y que todas empiezan así. Pero lo mío es diferente. Yo sé que no estoy obesa, cuando me veo no digo "Oh, qué gorda estoy". Simplemente me sobran kilos, pero no me veo obesa. ¿Ves como no soy como esas locas? Yo no...

Me deja colgada en el MSN con una extraña despedida:

-j\*\*\*\*, ya me has amargado el día.

Bronca con mis padres. Y en realidad sin motivo aparente. Suelen echarme bronca antes de que haga algo y después de hacerlo. Y es algo a lo que nunca me acostumbraré.  
¿Sabes cuánto y de qué manera puede bajar mi autoestima? Hasta tal punto que a veces deseo que me atropelle un coche cuando ando por la calle. Una transeúnte más. Alguien invisible.

Acabamos de cenar. Me levanto y, de nuevo, me retiro. Ya he comido suficiente. Sin embargo, se me han pasado las ganas hasta de hacer el esfuerzo por echar la comida. Que no te creas, cuesta lo tuyo. Por lo menos, ahora, a mí, me está costando.

Me voy hacia el ordenador –mi gran amigo- como buena persona sedentaria que soy.

Sedentaria, sí ¿Y qué? Se me dan mal los deportes, soy vaga, y punto. Soy asquerosamente perezosa. Bueno... me encanta andar. Pero ahí termina el asunto. Ni correr, ni saltar. Encima lo de mi mejor amiga... ¿Se habrá enfadado? No debería hacerlo... Aún gracias que se lo he contado, no tendría que haberlo hecho. Pero sentía curiosidad por saber cómo reaccionaría. Ahora, ya lo sé. A ver qué me dice mañana.

A las once de la noche me voy a dormir. O se supone que voy a eso, aunque no es así. Cierro la puerta suavemente. No me apetece dar las buenas noches, porque no son buenas; hoy son malas. Cuando ya estoy a oscuras en mi habitación, me enchufo el mp3, me tumbo en el suelo y comienzo a hacer flexiones.

1...2...3...

23...24...25...

Respiración entrecortada.

50...51...52...

77...78...79...

Siento ya el placentero dolor

90...91...92...

100

¿Estoy obsesionada? Puede pero... ¿Es malo hacer flexiones? ¿Verdad que no? ¿No es sana la gimnasia? Pues ya está. En cambio vomitar no es sano... Pero yo no estoy enferma, ¿verdad? Yo reconozco que no estoy gorda como para hacer esas locuras, reconozco que vomitar es una estupidez... ¡Yo veo las cosas tal y como son! ¡No soy como las chicas ésas! Pero por un poco... no pasará nada. No pasará nada. No pasará ¿verdad?

La cara que veo en mi amiga al día siguiente cuando, por casualidad, sale el "tema"... me mata.

-Sabía que te cogían paranoias enormes, Clau, pero nunca pensé que podrías hacer esto. Aunque bueno... –dice poniendo los ojos en blanco- Ahora ya me espero cualquier cosa de ti. No sé qué hacer, qué decirle.

-Sólo fue una chorrada...

-Así se empieza. Y después irá a más... –dice levantando el tono de voz. Algunos compañeros que se encuentran cerca de nosotras se la quedan mirando. Yo me sonrojo. Le pido que baje la voz.

-Pues no. –Responde- Me da igual que te dé vergüenza.

No tocamos más el tema durante el día. Al día siguiente me levanto más tarde de lo habitual. Estoy cansada. Me miro en el espejo: Qué grandes ojeras, qué asquerosos puntos rojos... ¡Qué barrigón! ¿Y si me peso? Ah, no... No nos funciona la báscula. ¿Es mejor así? La última vez que me pesé... marcaba unos 68. Increíble. Para mí, para mi edad, para mi altura... es un número que me supera. Nadie lo diría, pero es lo que peso. Y bla, bla, bla... Que si mi constitución, que si los huesos... A ver, no vamos a engañarnos. Nunca podré estar como un palo, pero no quiero estar así. No como ahora. Me sobra chicha por todas partes. Y ha de desaparecer. Por mis narices que lo hará. Enfurezco por momentos.

Salgo de casa con intención de llegar a clase en diez minutos. Sin embargo, nada más salir, oigo mi nombre flotar en el aire. Vuelvo la vista hacia atrás: una compañera de clase.

Bien, llegaremos tarde, pero no me importa. Tengo clase de lengua catalana. La profesora siempre llega tarde. Pasamos por delante de una panadería. Allí, mi compañera, me pide que la acompañe a comprarse el desayuno. ¿Y adivinas qué? Yo me acabo comprando un croissant de jamón dulce y queso. Y sé lo mucho que engorda. Pero bueno, ella ha cogido lo mismo. Sin embargo, ella lo quema todo, yo no. No quemo absolutamente nada, y... ¿dónde se va toda esa mierda? A la puñetera barriga, a los muslos, a los brazos...

Odio los portales. Los odio porque veo mi reflejo en ellos. Qué fea soy. ¡Oh, qué perfil tengo! Y qué papada... Se me marca el bulto de la barriga, también, en el abrigo.

Se lo comento, medio riendo –aunque no me hace ni pizca de gracia- a mi compañera.

-Estás tonta- obtengo como respuesta.

Tras comer un plato de sopa y dos filetes de ternera en la comida, voy hacia el ordenador e intento que el tiempo pase lo más rápido posible. Cuando mi madre y mi hermano están en la habitación de éste, yo, me dirijo hacia el baño. Allí, intento vomitarlo: 1 plato de sopa... 2 filetes... Qué asco. Pero lo que sale de mi boca es demasiado poco a comparación de todo lo que he comido. ¿Cómo puede ser? ¿Por qué me cuesta tanto sacarlo? ¿Lo habré sacado todo? Además, es incómoda la posición en la que lo hago, es irritante tener que tocarme la campanilla, y es asqueroso tener que meterme los dedos en la boca... Todo es una idiotez. Después de hacerlo –aún me falta mucho por aprender- me miro en el espejo y observo cómo resbalan los lagrimones por mis mejillas. Poco a poco la rojez de mi rostro disminuye. Cuando vuelvo a mi estado normal, tras lavarme los dientes, vuelvo al ordenador.

Después de merendar lo he vuelto a hacer. Sin embargo, no después de cenar. No puedo dormir. Eso... se irá a alguna parte ¿no? Grasa...

Hoy, lunes, no he vomitado. Ah, pero es que hay una razón. La noche del sábado salí de fiesta con mis amigas a la discoteca y... Oh, me pasé bebiendo. Si es que soy idiota hasta por eso. Bebí tres cubatas. Cada uno diferente. Y tras éstos, un chupito. ¿Cómo me sentó? Como una patada en el vientre. Llegué a casa a las cuatro y media de la madrugada del domingo. Mis padres y mi hermano estaban durmiendo. Apenas me sostenía en pie. Andaba trazando eses. Resultaba ridículo. Me dirigí rápidamente al baño y, allí, me introduje los dedos en la boca y, tras tres segundos conseguí echarlo casi todo. Nunca había conseguido vomitar tan rápido. Me encontraba fatal. Me desnudé como el alma que lleva el diablo y, descuidada, dejé la ropa en el suelo tal cual me la había quitado. Al minuto, ya me encontraba en cama. Por la mañana aún sentía ganas de vomitar. Y lo hice medio a escondidas. Mis padres me echaron bronca por haber bebido tanto. –Y eso que sólo les dije que había bebido dos cubatas- Me preguntaron si anoche había vomitado, ya que escucharon alguna de

mis arcadas. Mentí. Y, desde ese instante, me mentalicé de que no podría vomitar en los días que me seguían. Aún creerían que me duraba la resaca.

A las siete de la tarde del domingo, ya estaba más o menos recuperada. Pasé el día sin apenas comer y mirando canales de música en la televisión. Pero me hubo algo que me sentó peor que el alcohol: las repetidas charlas de mi madre sobre éste y sobre su confianza en mí.

Pues bien, llevo varios días sin vomitar. Además, soy perezosa hasta para eso, ya que no consigo echarlo todo a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera... Pero una cosa tengo clara: He de adelgazar. Le propuse a mi madre ir al médico a que me elaborase una dieta exclusiva para mí. Pero creo que no me toma en serio y, ve que ni yo misma me controlo. Siempre le repito que no compre vicios en el supermercado porque entonces soy yo la que me vicio a esos vicios. Y es que... si no hay comida -¿Comida? Caprichos, si acaso. O porquerías- no puedo comer a escondidas. Como nada de lo que le decía surtía efecto, le propuse apuntarme al gimnasio al que ella y mi padre van. Un gimnasio bastante caro, pero cercano a casa. Además, me lo tomaría como una obligación cada fin de semana por la mañana e iría acompañada de mi madre. Ya no me aburriría.

Y...

...Resulta que menores de dieciséis años no pueden matricularse. Entonces, -muy cabezona yo- le dije que me daba igual no ir al más caro de la ciudad. Que si hacía falta me apuntaba al más cutre, me daba igual. Lo importante era hacer ejercicio, adelgazar, sentirme bien. En fin, que hay demasiada chusma -según mi madre- en los gimnasios. Sobre todo en los más baratos, por supuesto. Que yendo ella al mejor no iba a dejar que su hija se apuntase a lo peor de la ciudad. Bien, todo esto está asumido, más o menos. A mi manera. Porque no me rendiré. No me gusta el deporte y me gusta comer. No quemo lo que como, entonces de alguna forma... lo sacaré. Pero no ahora, porque estoy resfriada. Me duele la garganta y lo último que necesito ahora es provocarla aún más. Hacerle más daño.

Pero en cuanto vuelva a estar bien... Bf, me horroriza la idea de pensar que todo lo que estoy comiendo ahora me haga engordar.

Pero en cuanto vuelva a estar bien... Bf, me horroriza la idea de pensar que todo lo que estoy comiendo ahora me haga engordar.

Durante una semana me he portado bien. Sin embargo, ayer... Bueno, sí, otra vez. No tuve que esperar demasiado ya que milagrosamente salió sin ninguna dificultad pero... ¿Cuándo sé que no queda nada más en mi estómago? ¿Qué ya está vacío? Cada vez me siento más la garganta. Pero al cabo del rato se pasa. Y es que como tanto... me atiborro a comida. Si pillo lo que me gusta no puedo parar.

Y aún más si estoy sola. El otro día me comí toda una bolsa de patatas Lays. Mis padres me echaron bronca ya que dicen que luego me quejo de que estoy gorda. Y que me voy de un extremo al otro. Que a veces me paso. No lo sabré yo... Me sentí muy mal. Además, últimamente no estoy bien. He dejado a mi novio, ya que necesito sentirme libre e independiente. Al pobre lo he dejado muy pilladito por mí. Y yo si lo veo sé que me sentiré atraída por él. Sin embargo, prefiero estar soltera e ir de capullo en capullo hasta cansarme. Sí, quién lo diría. No, en realidad no sé lo que quiero. Pero sí sé lo que no quiero. No quiero depender de un chico, no quiero depender de unas horas concretas semanales, no quiero que él ocupe tanto mi mente cuando necesito concentrarme, ¡no quiero presiones! Además... Oh, le ponía los cuernos mentalmente, ja, ja... Digo yo que sería por algo, ¿no? No me llenaba lo suficiente. Por mucho que me quisiera... eso no era todo. No para mí. Han de tener ambiciones, carácter, personalidad, seguridad en sí mismos, y... sobre todo... saber llevar a una chica. No que la chica SIEMPRE tenga que llevarlo a él. Es un poco agobiante, ¿sabéis? Pues me dolió terminar con él,



abro y dejo que mi cara se empape de luz. Miro directamente el Sol. Mi mejor amiga acaba de entrar.

-Hola Miriam. -le digo.

No dejo tiempo para que responda. Yo me adelanto. No puedo más. No puedo más...

-Miriam estoy muy mal... Estoy muy mal... -digo, a punto de ponerme a llorar.

Nadie nos ve, porque damos la espalda a la clase.

-¿Qué te pasa Clau?

Cuando ve que comienzo a llorar se asusta. No lloro nunca porque sí, nunca sin motivos importantes. Cuando lo hago es que algo me sucede. Miriam está muy seria, me coge.

-Claudia por favor... -me dice interrogándome con la mirada- Clau cariño, Clau... Eh, ven. ¿Quieres que vayamos al baño? ¿Qué te pasa?

-Me siento tan mal... Soy una estúpida, Miriam por favor... Soy inútil para todo y con todos.

Siempre tan borde con todos... Siempre hago daño a las personas que más quiero Miriam... Por hacer daño me estoy haciendo daño hasta a mí misma. -Ya no puedo dejar de llorar.

Se acercan unas cuantas a intentar consolarme. Quieren saber qué me sucede, pero saben que no se lo contaré. Sin embargo, agradezco la intención. Cuando volvemos a quedarnos solas, Miriam me dice:

-A mí no me has hecho daño, Miriam. Va, sé que no estás llorando solamente por esto.

Acaba de entrar la profesora de Química, hemos de dejar la conversación. La profesora me pregunta si estoy bien, si necesito algo.

Sigo decaída durante toda la clase. Cada vez que la compañera de delante me pregunta qué tal estoy, las lágrimas afloran rapidísimamente mis ojos.

Porque en realidad, ni me reconozco. ¿Por qué tan mal? No tengo motivos...

Mi amiga me ha animado. Le he contado que alguna vez, después de comer, me he provocado el vómito. Eso la ha dejado completamente helada. Sabía mi obsesión por el tema, pero estoy segura de que no imaginaba hasta qué punto. Gracias a su charla, no vuelvo a provocarme el vómito en una semana. Sin embargo, tras darme algunos atracones, vuelvo a replanteármelo. El jueves tarde, tras haber hecho el examen del segundo trimestre de latín, me dirijo hacia la librería. Allí, compro un libro que trata la Bulimia. Sé qué es, sé, más o menos, sus consecuencias, sé que estoy haciendo mal. Pero a pesar de todo, no quiero dejar de hacerlo. Aunque un psicólogo hable conmigo, después, estoy segura, de que lo seguiría haciendo. Veo fotos de anoréxicas en Internet y me producen asco. Asco... Entro en páginas Proanas y Promías (Pro Anoréxicas-Pro Bulímicas) y lo que leo me horroriza. Lo ven como una forma de vida, idolatran a esqueletos. Yo no pienso así, yo ni soy así. Aún veo las cosas tal y como son. Pero entonces... A pesar de todo... ¿Por qué lo hago?

Porque aparentar no es más que fingir ser quien no eres. ¿Por qué finges? ¿Acaso crees, entonces, que de verdad les importas? Sé tú misma y encontrarás las compañías que mereces. Pero no las busques, no te metas dentro del disfraz, no otra vez.

Lo hiciste... lo hiciste y salió mal. ¿Por qué crees, entonces, que esta vez todo saldrá bien? ¿De verdad lo crees? Qué ingenua. Sabes que no. Métete los dedos, hasta tocar la campanilla y más allá. ¿Crees que allí hallarás la solución a todos tus problemas? Yo creo que no, y tú, a pesar de todo, también lo sabes. ¿No me quieres escuchar? No me escuches, no sabes en qué lío te metes. No lo sabes, de verdad que no. Primera arcada

¿Por qué intentas alcanzar la perfección en todo? ¿No sabes que la belleza está en tu simple sencillez? Segunda arcada Y lo peor, es que haciendo esto, no conseguirás lo que quieres. Sin embargo, quizás me equivoque. Quizá consigas al principio deshacerte de unos cuantos kilos. Tercera arcada Sin embargo, ya pensarás en lo que te decía cuando pierdas el control sobre ti misma. Cuando tu peso pueda compararse con el de una pluma y tú aún sigas viéndote gorda. Primer vómito... Cuando tu vida dependa de los números que marca la báscula.

Bien... Con un horrible mes a mis espaldas, comencé a despedirme de todos mis miedos, angustias,



preocupaciones y complejos. Me animé muchísimo. Salí con mi amiga durante un fin de semana entero, y lo dedicamos exclusivamente a nosotras. No sentí la necesidad en ningún momento de provocarme el vómito. Porque me sentía realmente bien. En realidad, fue un pensamiento fugaz que se fue tan rápido como vino. Pero cierto es que últimamente, cuando estoy comiendo, tengo la sensación de que la comida no termina de bajar, que me avisa de que, si quisiera, podría salir por donde había entrado.

Sin embargo, el lunes, después de sentirme desplazada por mi amiga, volví a hacerlo después de comer ya que tuve la oportunidad de ello. Mi padre acababa de irse a buscar a mi madre al trabajo. Yo me había quedado con mi hermano.

-Voy al baño –le dije.-Si llaman coge el teléfono y recuerda el recado. No abras si llaman abajo.

-Vale. –obtuve como respuesta.

Me dirigí hacia mi habitación y, a continuación, puse un CD. El primero que pillé. Y lo puse alto, lo suficiente como para que mi hermano no me escuchase hacer “eso” en el baño. Introduje los dedos. Ya sé hacerlo, pensé. Aunque hacía unas semanas que no me había provocado el vómito, pero éste ya salía con solo notar la presencia de unos dedos en mi garganta. No sé si lo eché todo, pero fue suficiente como para notarme la garganta irritada. Me dolía como cuando estás a punto de coger un resfriado.

Me cepillé los dientes. Sin embargo, a media tarde volví a notarme el mal aliento, como i aquella cepillada no hubiese servido para nada. Me daba vergüenza hablar.

Por la noche me cabreé con mi amiga por le MSN echándole en cara muchos asuntos que en realidad sabía perfectamente que a ella no le incumbían. Le eché la culpa de mi mal estado de ánimo. De que ella no me prestaba demasiadas atenciones. De que me sentía sola hasta a su lado.

Al día siguiente no hablé de ello con ella. Es verdad que estaba así mayormente por ella, pero había más factores.

Hoy, estoy bien. Va a días. Sin embargo, sigo sintiendo una extraña angustia en el estómago y un terrible miedo a seguir engordando. ¿Cuál será mi récord en kilos?

Porque sola es como estoy... Porque sola es como me siento. Porque a la mínima esperanza que tengo me la arrebatan en un momento. Las muchas ilusiones que me quedan se desvanecen a cada instante. Una detrás de otra... Una detrás de otra... Y ya no quedan.

Hasta que aparecen más. Pero al igual que un día estoy genial, el otro es tan insoportable que creo que me derrumbo. Porque ni un psicólogo conseguiría entenderme, ni entender estos brusquísimos cambios de humor. Y es que estoy sola... ¿Quién me aguanta? Todos me abandonan... TODOS me decepcionan. Cuando creo que un chico es diferente... Oh, no lo es. Todo es mentira. Este mundo es mentira. Yo soy mentira.

Llega el sábado y nada ni nadie ha conseguido animarme moralmente. Al revés. Hacen todo lo posible para que me sienta inútil y utilizada. Por eso el otro día me puse en un Chat de mi ciudad. Allí entre tanto cerdo conocí a un chico simpatiquísimo de unos casi diecinueve años. (La edad dejó de importarme tanto desde que salí con el último). Éste me agregó al MSN y comenzamos a hablar. Me pareció que había conocido a un ángel, pero sentir eso me dio tanta rabia que comencé a mostrarme borde e impertinente con él. Igual que me estaba seduciendo y camelando de tal manera a mí ¿Por qué no podría estar haciendo lo mismo con otras? Se lo comenté y él se molestó conmigo. Me dijo que solamente había pretendido ser algo especial para mí. ¿Es que no veía que lo estaba siendo? ¡Por eso me molestaba! Porque algo similar me ha pasado muchas otras veces. Me dejo seducir por el encanto y las palabras, y después es cuando me decepcionan y me hundo. Y estoy cansada de sufrir, sufrir por estos cerdos cuando en realidad lo único que buscan en ti es “una más” en su lista de rollos. Ah, cómo odio esto de los rollos. ¿Qué sentido tiene darse el lote con una persona si no hay sentimientos? ¿Es todo puro deseo? ¿Desesperación? ¿Necesidad? ¿Sí? Pues

vaya... Yo no lo entiendo. Más que te utilizan entonces ya no te puede utilizar. ¿Tan poca personalidad tenemos? Bueno, después de que él se molestase conmigo por mi escepticismo yo me sentí mal. Más tarde él me propuso que el viernes al salir de clase nos viésemos. –Al salir de clase yo, claro. Él va a la universidad–.

Así que así fue. Al salir de clase un chico alto, fuerte y moreno me esperaba en la puerta principal del instituto. Llevaba una sudadera verde de Springfield y unos vaqueros Levi's que dejaban ver unas modernas zapatillas Converse. Qué de marcas. Tras fijarme en su llamativa vestimenta, me fijé en su rostro. ¿Le habría causado decepción mi horrenda imagen? Ciertamente era que ya me había visto por webcam, pero... No es lo mismo. Ahora podía verme de cuerpo entero. Y por último me fijé en que se había hecho la pequeña cresta que tan bien le quedaba y que tanto me gustaba. Genial. Me saludó y nos alejamos rápidamente de mi instituto. Durante el rato que estuvimos juntos me solté y me despedí de mi vergüenza porque si no, sabía que no disfrutaría aquella cita. –Si es que podía llamarse así–. No estuvimos más de hora y media. Al despedirnos, me propuso ir con él el sábado noche –Hoy– a cenar, al cine y, después de todo eso, a la discoteca. Yo le respondí que ya le diría algo por la noche, por el MSN. No lo consulté con mis padres porque sabía que no me dejarían. Además, algo normal porque no conocen a este chico. Por eso mismo averigüé cómo estaban las cosas. Algo había oído durante la semana de que mis padres esta noche se iban juntos de cena y de que mi hermano iría a dormir a casa de mis abuelos. Así que yo me quedaba sola. Pregunté a mis padres a qué hora, más o menos, volverían a casa. Solamente obtuve como respuesta un “tarde”. Pero me conformé con eso.

Así que ahora, a las 20:30 de un sábado, estoy saliendo por la puerta del portal de mi edificio para reunirme con él. Apenas he comido durante estos días, y lo que he comido he intentado echarlo, por eso mismo siento que la ropa no me aprieta. Pero no me siento guapa, sino fea. A pesar de que algunos se giren para verme al pasar y los obreros de mi barrio intenten hacerme sonrojar. Tienen muy mal gusto si es que les gusta –físicamente– un poco. Porque sinceramente a mí, me da vergüenza pasear un cuerpo tan asqueroso como el mío por un mundo como éste. Pero esto pasará... Porque conseguiré el cuerpo que quiero a toda costa.

La cena la ha pagado él. Yo he cogido uno de los platos más baratos de la carta, por supuesto. Ya no por el precio, sino por mi estómago, el cual he castigado hasta que se acostumbre a comer muy poco. A mi madre le he dicho que me iba al cine con mi mejor amiga y después a dormir a su casa. Me ha creído –cómo no– y me ha dicho que no vayamos muy tarde a dormir, como buena madre protectora que es. Y tan protectora, pobre, que no sabe lo que está siendo de su hija.

Estamos en el cine viendo una película de suspense. Yo ocupé única y exclusivamente mi butaca correspondiente. Ni más ni menos. No quiero acercarme a él –el cual se encuentra a mi derecha– ni quiero mostrarme interesada en hacerlo. Pero es él el que lo hace. Sospecho que me ha llevado a ver semejante película porque es más probable que suceda algo interesante. Pues siento decepcionarle pero estos días me es irrelevante todo. No me inmuta por nada. Los sustos no son sustos para mí. No siento nada, excepto si me provocan... deseo y necesidad. Y es que yo, lo resisto todo menos la tentación.

Pues eso. Él indiscretamente, en medio de un ambiente tenso a la espera del aclamado susto de la película, me mira, me gira lentamente la cara hacia él y, sin darme tiempo a reaccionar, ya tiene sus labios sobre los míos. El beso se hace interminable y, cuando creo que ya está saciado de él –yo no siento nada, me dejo llevar– noto cómo su mano sube lentamente por debajo de mi jersey. Yo me asusto, me da vergüenza. Más que nada porque no me apetece que nadie juegue con mis michelines. Y, llegando a algo más, que nadie note la asimetría de mis pechos. NADIE. Que nadie se atreva a tocarme.

–Eh, vale... –le digo, apartándole disimuladamente de mi lado. No creo haberlo molestado, de momento que se dé por satisfecho. Y si no, adiós muy buenas.

Me siento tan triste... Le dije al chico que sinceramente no me apetecía ése mismo día ir a la

discoteca, pero que podíamos aplazarlo para esta semana. Y así ha sido. Mañana sábado sí iré. Sin embargo ha sido una semana espantosa... La empecé con mal pie. El lunes en clase de Educación Física cuando el profesor nos dijo que aquella clase la dedicásemos a hacer el gilipoyas, yo me quedé a cuadros. Sinceramente prefería dedicar otra clase más, como casi todas las de este trimestre, a hacer voleibol. Por eso, cuando las cuatro tontitas de clase –que saben hacer el idiota perfectamente- se pusieron a hacer lo que el profesor había dicho, yo me senté en un banco y con los apuntes en mano del examen que tenía dos horas después, me puse a estudiar. ¿De qué me iba a servir arrastrarme por el suelo? Sin embargo, el aprobado de Historia sí me iba a hacer falta. No fui la única que se lo tomó a cachondeo. Los chicos de clase se pusieron a almorzar a la vez que se pasaban un balón con el pie. El profesor se cabreó y a toda la clase –menos esas cuatro pelanduscas- nos hizo salir al patio a correr. Después de eso volvimos a entrar en el gimnasio y nos hizo saltar de formas muy extrañas una barra de madera, con el culo en pompa, con un pie... Y qué queréis que os diga, si los demás no tienen sentido del ridículo no es mi culpa, yo sí lo tengo. Y por lo que se vio, mi mejor amiga también.

El profesor, que ya estaba bastante mosqueado, la única vez que hice lo de la barra me miró fulminantemente, y yo me estremecí. Me sentí peor que una mierda. Así que no lo hice más. Toda la clase se quedó esperando a que mi amiga y yo lo hiciésemos, porque si no, según el profesor, no continuaríamos la clase. Y para cabezonas nosotras dos.

No lo hicimos. Pero él nos humilló hasta el final.

Hoy, viernes, me siento más foca que nunca. No he vomitado en una semana entera y me siento peor que antes. No sé cuándo ni cómo desaparecerán mis kilos. Por arte de magia no. Y es que cuando encuentro comida no me puedo controlar... es horrible. Estoy volviendo a mis principios. Así es cómo me sentía el primer día que empezó todo esto. Le he repetido a mi madre que quiero ir al médico, y que se lo explique a mi padre, porque si se lo cuento yo se reirá y no querrá llevarme. Y para mí esto es algo muy serio. Me ha dicho que vale, que ya se lo dirá. Sin embargo, mientras le decía eso, estaba comiendo.

¿Y sabéis qué hice por la tarde? Comerme una bolsa de patatas Lays entera.

Estoy con él, bailando tan cerca de su cuerpo que me siento cohibida. No he cenado nada, por lo que las dos copas me han subido rápidamente. Él también ha bebido. Lo estoy pasando bien, pero hay un no-sé-qué que me intranquiliza. Y no descubro de qué se trata. Nunca he probado la droga. Sin embargo, sin apenas darme cuenta sostengo un porro entre los labios. Él me lo ha colocado aprovechando un momento en que había entreabierto la boca. Absorbo, demasiado bruscamente, y entrecierro los ojos, mareada y fascinada por la sensación. Me sostengo a él, y él...

Solamente le mostré a una persona una parte de mí que hasta el momento nadie había conocido, y se la entregué con besos, abrazos y caricias. Después de todo, intentaba amar, querer. Tras tal experiencia que yo misma finalicé, me sentí terriblemente engañada y defraudada. A la semana él ya estaba saliendo con otra chica, y yo... No sé ni siquiera si ya siento. Recuerdo ahora cosas que me decía y ahora se estampan contra mi cara, revivo aquellas caricias... que ahora me ensucian. Pero no tanto como las caricias que recién he sentido. No creía que dos personas podían pertenecerse tan intensamente y sentirse tanto. Pero nunca había tenido tantas ganas de llorar y de morir. Antes me sentí engañada, pero ahora me siento utilizada. ¿Por qué? ¿Por qué nadie me ayuda de verdad? Estoy andando hacia mi casa. Son las 5 de la madrugada, pero no me importa. ¡Ya nada me importa! Decía que quería ayudarme, y lo que ha hecho es hundirme más todavía. ¿No existe alguna manera de vomitar esta experiencia? Siento que me ha arrebatado algo muy importante... algo que tenía que ser de lo más especial en mi vida... Quiero que me lo devuelva... Quiero mis besos, mis caricias, y mis lágrimas...

Es tan grande el vacío que siento que sin querer me he perdido en la inmensidad de éste. Y de momento no he sabido descubrir una rendija de luz a la que aferrarme entre tanta oscuridad.

La gente me consume, pero yo me consumo y después me castigo más. ¿Por qué todos me utilizan? ¿O es sólo una sensación? ¿Pero por qué estoy tan insatisfecha?

Las lágrimas me saben amargas, las caricias bofetadas en plena cara y los besos pequeñas sentencias. Pero lo peor son las miradas... Más a veces que las palabras. Yo con una mirada puedo morir... ¡Y lo he hecho! Estoy muerta en vida... Pero yo no quiero... quiero resucitar de este espesor que me traga... Falta poco, falta poco... ¡Falta algo! Pero nadie me ayuda, nadie me entiende. ¿Para qué? ¿Para qué van a querer que alguien les amargue? ¿Más problemas? Cada uno acarrea con los suyos. Pero si nadie me ayuda... ¿Qué será de mí? Soy sensibilidad a flor de piel, y todo me afecta tremendamente. Solamente he encontrado una manera de llenar ese vacío tan íntimo y es comiendo, comiendo, comiendo... Pero después lo que me llena vuelve a encontrar la libertad desapareciendo rápidamente por un agujero negro. Y así empeora mi estado de ánimo.

Lloro, lloro y lloro... ¿Quién dijo que lo que no mata engorda? ¿Quién?

A mí me está matando lo que engorda, y lo que no también. Después me miro en el espejo, y aún lloro más. Y dejo que las lágrimas quemen mi piel. Y me doy pena, y lloro más hasta que ya no me quedan lágrimas por derramar. La soledad elegida es un lujo, pero cuando es lo único que no deseas y está tremendamente presente... Muerta en vida. Y es un círculo sin final en el que me veo sometida una y otra vez por una gran falta de autoestima, de seguridad. Nadie es perfecto. ¿Alguien conoce a Nadie? Yo quiero ser como él. Yo quiero ser nadie. Nadie...

Así es como me siento, como absolutamente nadie... ¿Podré ser algo para alguien? ¿Qué soy? Y es que somos tan insignificantes en este mundo, tan poquita cosa... que ni siquiera vale la pena molestarse en vivir. La vida, llenísima de obstáculos, impidiéndonos siempre ser feliz. ¿Y cuál es el premio final tras todo esto? La Muerte.

¿Por qué nadie me preguntó alguna vez si yo quería nacer? Vivir... Existir...

“Fuimos polvo y en polvo nos convertiremos”. Es una frase que no dejo de repetirme. ¿Por qué no podemos elegir? ¿Por qué nadie nos pregunta si queremos vivir? ¿Y si no queremos?

Todo habría sido diferente...

Esta mañana he sentido la necesidad de hablar con alguien. Hacía días que dudaba en si acudir al psicólogo de mi colegio, el cual me conoce fantásticamente, o dejarlo estar. Pero es que hoy me he levantado con ganas de desaparecer de este mundo. He dejado a mi amiga con la palabra en la boca preguntándome adónde iba y he aparecido en el despacho de Ángel, el psicólogo. Ángel... Nada más entrar me ha dicho que el día anterior había apuntado en su agenda el hablar conmigo. Ya que me veía muy pero que muy desanimada últimamente. Él ha sacado un paquete de pañuelos de su cajón y, yo, muy tonta, me he puesto a llorar. Entonces le he contado de principio a fin todos mis problemas, todas mis preocupaciones. Y cada vez lloraba más, escuchándome a mi misma, y recordando todo lo que había hecho, todo lo que me había pasado, cómo me había sentido.

¿Sabéis? No quiero que me aconsejen, solamente necesito que me escuchen. Y él lo ha hecho. Eso, para mí, ha sido lo mejor del día. He llorado, he reído, pero sobretodo, me he desahogado. Y no me ha dicho qué está bien y qué está mal. Solamente me ha escuchado y me ha consolado destacando mis polvorientas virtudes... Y tan polvorientas que nadie me las había recordado en tantísimo tiempo... Solamente había sentido los defectos.

He salido de allí renovada. Me he sentido mejor persona, mejor conmigo misma.

Ha durado todo el día.

*Nota del autor: Aunque puede parecer que en ocasiones se utilice un lenguaje poco adecuado, es un hecho adrede, dado que desde mi punto de vista ayuda a introducirse en la historia y también a plasmar el entorno en el que se desarrolla la historia. Es decir, en la realidad moderna en cuanto al lenguaje adolescente se trata.*

## CALLEJÓN SIN SALIDA

Todo comenzó una tarde en la que te pusiste a pensar, y una conclusión sacaste: no eras nada, todo a tu alrededor era tan vacío como la soledad, deprimente como un domingo lluvioso en el invierno más frío. Pero fue aquella tarde, en aquel antro en donde pasabas las horas muertas, donde te hablaron de ella. Oíste que en ella encontrarías todo lo que te faltaba, y tu, al oír como la describían, no perdiste ni un segundo, y sin pensarlo, te lanzaste a la calle en su busca. No te fue difícil encontrarla, pues de sobra sabías donde acudir, y fuiste a aquel bar, al que ella solía frecuentar, en el que nada más entrar sentiste su aroma permanente, y al ver su blanca figura... sentiste que ella... era la más pura. Poco te costó presentarte, a lo cual al poco tiempo tenías una cita con ella, ya la tenías, ya te pertenecía, ya nadie podía quitártela, y tu eras consciente de aquello, y pensando que habías pagado el precio de tu felicidad, sonreíste.

Poco después, solos os quedasteis en un callejón, un callejón sin salida, en el que la desnudaste suavemente, y te diste cuenta de lo frágil que era. Y pensando en lo feliz que ella te hacía, la hiciste tuya. Para ti, pasar una noche entera con ella fue increíble, lo más alucinante de tu vida, y desde aquel instante sólo pensaste en repetir la experiencia que te dejó marcado aquella noche, y no tardaste en hacerlo, la espera duró tan solo una semana, con lo cual, al fin de semana siguiente volviste a por ella y... allí estaba, esperándote a ti, con su sonrisa vacía, y tú, orgulloso de lo que hacías, la mirabas con deseo, y volvisteis a pasar otra noche juntos, otra noche a la cual considerabas inolvidable, al igual que todas las que pasaste junto a ella.

Pasaron las horas, los días, los meses, y tu seguías allí, en el mismo lugar, en aquel bar, con ella, pero una cosa había cambiado, ahora tus amigos sabían de ella, y se empeñaban en separaros, tu no entendías él porqué, pero tampoco lo querías saber, a ti te daba igual, pensaste: ¿Qué sabían ellos de la vida?. Tu estabas loco por ella, y no les hacías caso, les decías que no les necesitabas para nada, que ella era demasiado buena para ellos. Una noche quedasteis en el mismo bar, para demostrarles que la querías como a nadie. Esa misma noche, en aquel callejón, sentiste por primera vez, después de tanto tiempo, lo que era sentirla por dentro, corriendo por tus venas, y tu, alucinado sentías lo inmensa que era, lo ocupaba todo. Desde aquella noche ya no podías separarte de ella, pues habías hecho un pacto de sangre, un pacto eterno...

¡Qué pronto pasa el tiempo! Ya hacía un año, que fácil era vivir ahora, pero... ¿y tus amigos?, ¿eras ya parte del pasado?, no sabías nada, los olvidaste, los olvidaste a todos, ahora sólo estaba ella. Te había cambiado tanto que ya ni tu sabías quien eras, habías pasado de ser una persona, a ser una sombra durante la noche, un fantasma durante el día, alguien o algo que todos evitaban. Te distes cuenta, y decidiste abandonarla, decidiste pensar que ya no la necesitabas, y esa misma noche no fuiste a buscarla, y aunque la echabas de menos pensaste: si he estado toda la vida sin ella, ¿por qué no lo lograría ahora? Pero no aguantaste mucho tiempo, y a la mañana siguiente ya temblabas por miedo a no sentirla dentro de ti, y decidiste ir a ese lugar, en su busca, pero cuando llegaste ya era tarde, ya no estaba, otro disfrutaba de ella. Con rabia y dolor, saliste a la calle, hundido, destrozado, la calle te daba vueltas, y el sol te impedía abrir los ojos cansados e hinchados que ella te dejó, y como pudiste, chocando con la gente, con las paredes... fuiste a tu casa, en donde tus padres sabiendo lo tuyo con ella, intentaban consolarte. Tu madre lloraba, viste en sus ojos la tristeza y el dolor, y en silencio quisiste pedirle perdón, perdón por haberle robado la ilusión de ver a un hijo, a un hijo en vez de un joven que les robaba las joyas de la familia, les robaba la vida y todo para buscar un momento de felicidad, pensaste en los demás, en todos aquellos que te recordaban lo acabado que estabas y aquellos amigos que habías perdido, y todo por defenderte a ti mismo, por sólo creer que estabais solo tu y ella. Y en un momento en que tus padres se marcharon a la otra habitación, aprovechaste para decir adiós, para despedirte de todos. Levantaste tu cuerpo hacia la gran ventana del comedor, la abriste y te lanzaste al vacío. Unos segundos después, en el suelo quedó tu cuerpo, y todo por haber llegado hasta donde todos temían, por haberte destrozado la vida, por haber buscado la felicidad en un callejón sin salida...

**Llegó el día de tu funeral, y allí estaban todos presentes, tus padres y los que quedaban de tu familia. Y en ese momento fue cuando te distes cuenta de lo mucho que te querían, porque aunque les habías roto la vida, sentían tu muerte, pero era demasiado tarde. Cuando te distes cuenta de todo el dolor provocado a los que te rodeaban ya no podías hacer nada, porque ya no estabas. También allí estaban todos tus amigos, incluso aquellos a los que habías insultado y abandonado, y todo por no pensar lo mismo que tu sobre ella. Volviste tu mirada vacía hacía tu mejor amigo, y un escalofrío recorrió todo tu cuerpo, pues ella lo acompañaba, y abrazada a él estaba. Tu sabías el por qué, sabías que era para llevarlo contigo, y al pensar en esto, te retorcaste en el silencio, queriendo acabar con ella, pero de sobra sabías que sería imposible, que no pudiste con ella antes y no lo lograrías ahora, y de pronto te vino a la mente el día que él la conoció, ¿qué habías hecho?, tu fuiste quien se la presentó, diciéndole lo genial que era y lo feliz que podría llegar a ser si la tuviera, que con ella te olvidabas de todos los problemas; por eso, por ti él la quería tanto como tu, y quedaste condenado a ver día tras día desde tu trono situado en el infinito, como ella lo destrozaba poco a poco, al igual que lo hizo contigo, y tu no pudiste hacer nada para liberarle, todos los esfuerzos que intentaste por ayudarlo quedaron en un grito sordo, en un silencio eterno y tormentoso, pero en un último esfuerzo gritaste su nombre una y otra vez, el nombre de ella, para que todo el mundo la odiara, y las nubes se abrieron para dejar paso a un rayo que bajó del cielo para que con un sonoro trueno se oyera tu furia, fue un sonido destructivo y aterrador que llevaba su nombre, el nombre de ella:**

**COCAINA.**

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiente](#)

Caminaba por las calles, perdida, taciturna, sin rumbo fijo. El día se había tornado gris y las nubes ocultaban el sol, ese astro que tanto, que tanto daño me hacía. Paseaba por una enorme avenida infestada de gente que llegaba tarde a todas partes. Yo me dirigía a una entrevista de trabajo, para tratar de conseguir un modo de mantener mi estilo de vida que, por aquel entonces, había consistido en estudiar y en viajar, de un modo independiente.

Pero, aquel día era especial. Algo en la nítida luz azul del cielo anunciaba un extraño presagio. Me solía decir a mí misma que eran invenciones de mi loca cabeza. Nada más allá de la realidad que yo conocía. ¡Que ilusa!

Continuaba mi camino cuando, de pronto, me tope con alguien que me hizo caer al suelo. Trate de amortiguar la caída como pude, e hice lo posible para que la gente, al pasar, no pasase por encima de mí.

Cuando levanté la cabeza, los vi. Impactantes, penetrando hasta el fondo de mi ser. Aquellos ojos que encerraban toda la belleza del cielo helaron mi alma. Su dueño estaba arrodillado ante mí, ayudándome a recoger mis cosas... tenía el pelo muy corto, y su tez era blanca, tenía un semblante tremendamente atractivo. Llevaba una chaqueta de cuero negra, larga y elegante, al igual que su ropa. Todo un marco que resaltaba sus ojos cristalinos. Permanecí impasible observándolos hasta que la razón me llevo a reaccionar.

Una vez de pie, se quedó mirándome a los ojos. Se acercó a mí, sacudió mis hombros, me sonrió dulcemente, dio media vuelta y se fue. Me quedé allí plantada, mirándole, como hipnotizada por sus ojos, hasta que volví en mí y me decidí a seguirle.

Entre la multitud, me costaba alcanzarle. La gente iba a contracorriente y, entonces, le perdí de vista. Aquel impulso que me había llevado a seguirle era una mezcla entre el instinto y el ansia de algo nuevo. Trate de divisarlo entre la multitud y le vi torciendo una esquina. Fui tras el y me encontré con un callejón sin salida, el cual estaba vacío y en el que había una puerta. Me dirigí hacia allí, intentado escapar de la marea humana hasta que, al fin, lo logré. La puerta estaba entreabierta, así que, tan solo empujé levemente, lo justo para que nadie se percatase y me adentre en el marco, ignorando lo que había ante mí.

Descubrí un salón muy oscuro lleno de muebles tapados con sábanas de un color blanco envejecido. Las ventanas, con sus rotos cristales desparramados por el suelo, estaban tapadas con tablones de madera, dejando pasar unos tenues rayos de luz azul, difuminados por unas rasgadas cortinas que ondeaban por las ráfagas de aire, dándole al salón una atmósfera mágica. Me adentré en la estancia, guiada por la curiosidad. El lugar era sombrío, las paredes de color burdeos, estaban en penumbra, al igual que el techo, de color blanco. Me dirigí a la ventana, para intentar divisar lo que había en el exterior. Bajo una de las sábanas, adiviné un piano. Cogí la sábana y tire de ella. Un hermoso piano de cola se ocultaba bajo ella. Acaricié la tapa de suave ébano con mi mano. Entonces, proseguí mi camino. Las cortinas me envolvían y trate de apartarlas, cuando, de pronto, el piano comenzó a sonar. Traté de escapar de la cortina y le vi, de espaldas a mí acariciando las teclas del piano con suma suavidad. Su melodía era como un cántico de añoranza, dulzura y melancolía. Me acerque a el y bordeé el piano hasta quedar frente a frente. Aquella melodía que me sobrecogía



el corazón, me abstraigo del mundo durante unos instantes, hasta que llego a su fin. Tras el cese de la música, me quede unos instantes quieta, mirando a aquel hombre, captando su belleza. Él levanto la mirada y la fijó en mí. Un instante que duro una eternidad, el instante en que mi corazón fue conquistado por el.

De pronto se levantó y vino hacia mi. Sentía cómo el corazón comenzaba a acelerarse. Ahora le tenia a centímetros de mi, puso una de sus manos en mi cara, me recorrió un escalofrío, su mano estaba helada. La distancia que nos separaba era apenas visible. Sus labios rozaron mi cara. Beso mi frente, mis ojos, mis mejillas y, finalmente, mi boca. Me sentía victima de un amor extraño, un amor surgido de la nada, un amor dulce y, a la vez, sumido en oscuridad. Me embargaba el deseo, un desesperado sentimiento de ser suya. Le apreté contra mí, mientras él besaba mi cuello.

Pero, fue entonces cuando mi vista se nubló y un fuerte dolor arrancó de mi pensamiento alguno. Podía sentir la muerte recorriendo mi cuerpo. Le separé de mí de un empujón y vi su boca manchada de sangre. Sus ojos arrepentidos ahora me miraban con lástima. Me eche las manos al cuello y, tras comprobar mi herida, caí al suelo, aún con algo de consciencia. Lo ultimo que recuerdo fue verle arrodillado junto a mi cuerpo casi inerte, dándome a probar el amargo sabor de una vida nueva. La vida que corría por sus venas. Tras eso me sumí en un profundo sueño, en el cual recordé mi vida pasada.

Abrí mis ojos suavemente. Miré al techo y un escalofrío recorrió mi cuerpo, me recosté y miré a mí alrededor. Me hallaba en una habitación desconocida. Las sabanas que me cubrían eran de raso, teñidas del color de la sangre. Las ventanas estaban cerradas a cal y canto, cubiertas por cortinas de terciopelo negro. En la estancia había un armario de una madera bellísima, probablemente el mismo ébano del piano, al igual que la puerta. La habitación tenía las paredes oscuras, al igual que aquella estancia del piano. Me levanté de la cama y me percate de que mi ropa había sido sustituida por un camisón de raso negro. Bajo mis pies, una alfombra me otorgaba una agradable sensación al tacto de las plantas. De puntillas, me dirigí al armario, en busca de algo de ropa. Encontré algo que ponerme, de color negro. En una de las esquinas de la habitación había un gran espejo. Decidí mirarme en él. Cuando observé mi reflejo, una extraña sensación de pánico y rareza se apoderó de mí. Estaba observando el reflejo de una persona totalmente distinta a la que yo conocía. Mi pelo había crecido considerablemente, el color claro de mi cabello había desaparecido, dando paso al negro. Mi tez había palidecido, pero lo que mas me asustó fue el hecho de que mis ojos se habían tornado del mismo azul cristalino que los de aquel hombre.

Volví sobre mis pasos. Las dudas me asaltaban, al igual que una sensación enfermiza de esquizofrenia así que, con mis temores y sin saber lo que me aguardaba tras ella, me dirigí a la puerta. Vacilé un instante, pero después me decidí y la abrí.

Cuando observé lo que había ante mí, la curiosidad me asaltó al instante. Aquel lugar era lo mas extraño que había visto jamás. A mi lado, un largo pasillo circular lleno de puertas que se perdía en la penumbra. Frente a mí, una escalera que conducía al centro de la estancia, todo ello iluminado tan solo por una vidriera coloreada que enfocaba al centro de la sala, proyectando halos de luz multicolor. Descendí por la escalera mientras observaba la intrincada arquitectura que sostenía los pilares del techo. Al llegar al centro, la luz ya no me permitía distinguir nada entre la penumbra. De pronto, una figura surgió de entre las sombras. Sus brillantes ojos me revelaron su identidad. Se acercó a mí, y yo, en un impulso cargado de rabia y desesperación, me abalancé sobre el, derrumbándome en el suelo:

-¿Qué me has hecho? ¿En qué me has convertido?

Me miró, yo yacía en el suelo, cabizbaja. Se arrodilló a mi lado y comenzó a hablar.

-Te he buscado durante años, quizás, durante demasiado tiempo. Pero ahora, por fin, te he encontrado, y no podía permitir que te marchases de nuevo. – su expresión revelaba una honda tristeza.

-¿Pero por qué yo? ¿Por qué a mí? – Alcé mi vista mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla. Él me dedico una sonrisa amable.

-No te apenes. Era tu destino, y has de afrontar con orgullo la nueva oportunidad que se te ha sido otorgada

Sus labios besaron mi boca cariñosamente. Tras ello, se levantó y se dirigió a la escalera, desapareciendo de mi vista, hecho que me irritó.

-No has contestado a mi pregunta – El sonido de los pasos cesó.

-Te he dado el don de ser alguien, de poder ser más que el resto del mundo, un ser superior. Tu destino es tener la autentica libertad, sin reglas ni prejuicios. Te he buscado en sueños, atravesando océanos hasta encontrarte. Ahora eres un ser especial, un ser único, te he otorgado el don de la vida eterna. – Escuché sus pasos viniendo hacia mi, y de repente, apareció de entre las sombras, no sabía como tomarme aquello – Ahora eres un ser de las tinieblas. Ahora... eres un vampiro.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiente](#)

## UNIDAS POR UN SUEÑO

-¡Apártate, Soraya! –gritó una joven. Acto seguido, se lanzó contra la muchacha que estaba apunto de ser atropellada, recibiendo el impacto por ella.

*-¡¡ANDREA!! –cuando Soraya logró reponerse ya era tarde, su amiga había sido arrollada por el coche.*

-¡NO! –gritó, despertándose sobresaltada. Estaba empapada en sudor. Otra vez había soñado lo mismo. Hacía una semana que, noche tras noche, tenía ese sueño tan inquietante; siempre era lo mismo y comenzaba a asustarse. Además, tenía la extraña sensación de que aquel accidente había sido real. Mirando por la ventana, más calmada, decidió una cosa: descubriría qué quería decir, y quienes eran las dos muchachas, Soraya y Andrea, que aparecían en él.- ¡Lo averiguaré, o si no dejaré de llamarme Alexia Tellería! –exclamó, poniéndose de pie en la cama y mucho más animada gracias a su nuevo propósito.

-¡Alex, deja de armar escándalo y baja a desayunar! –se oyó desde el piso de abajo.

-¡Ya voy, mamá! –contestó Alexia, bajando de la cama de un salto y precipitándose hacia las escaleras.

-Suerte que hoy es sábado –pensó Alex un par de horas después, dirigiéndose a la Biblioteca Municipal. Lo primero que debía hacer era investigar todos los accidentes ocurridos en los últimos años; no tenía más remedio, ya que no sabía cuando había sucedido: podía haber sido hacía un mes o hacía tres años, a si que se disponía a pasar una mañana sumida en una ardua tarea. Solo esperaba que no le llevara todo el día. Una vez allí, se dirigió a una hemeroteca y comenzó a buscar noticias referidas a accidentes de tráfico. Dos horas más tarde, cuando comenzaba a tener el cuello agarrotado, encontró algo que llamó su atención, obligándola a reprimir una exclamación de sorpresa: en un periódico de hacía un año venía un pequeño artículo que hablaba de un accidente ocurrido en una localidad de Vizcaya.

*En Astrabudua un coche ha atropellado esta mañana a un peatón, una joven de dieciséis años que ha muerto en el acto. Según las autoridades (...)*

-¡Pero si fue aquí al lado! –pensó Alex, sorprendida. Se fijó en la fecha del periódico.- Mis sueños empezaron al año del suceso...

Acto seguido, se levantó y se dirigió con rapidez a la bibliotecaria.

-Disculpe, ¿puedo hacerle una pregunta? –inquirió Alex, interrumpiendo la lectura de la mujer.

-Adelante –concedió esta de mala gana, mirándola por encima de sus gafas.

-¿Podría decirme si las esquelas vienen en el mismo periódico que la noticia de la defunción? Es que he leído sobre un accidente y...

-No tengo ni idea –interrumpió la bibliotecaria bruscamente. Cuando Alex creía que no le diría nada más, la mujer añadió con reticencia- pero si que tenemos un archivo en el que guardamos las esquelas, aunque te aviso que las renovamos cada dos años y nos deshacemos de las viejas, a si que...

-¡Perfecto! –exclamó entusiasmada (demasiado para el gusto de la señora).- ¿Me las podría enseñar?

Rezongando, la bibliotecaria guió a Alex hacia uno de los múltiples estantes. Rebuscando en un cajón, sacó una abultada carpeta (“demasiado abultada” pensó Alex) y se la tendió a la joven. Cuando se marchó, sin despedirse siquiera, Alex estuvo segura de haber oído algo que se parecía sospechosamente a “estúpidas mocosas entrometidas”. Divertida por el comportamiento gruñón de la mujer, se dirigió a una mesa y comenzó a buscar entre las fechadas en Enero de 2005. Por suerte había pocas y no le fue difícil encontrar la que buscaba.

-¡Es ella! ¡La chica de mis sueños! –exclamó al reconocerla. Ignorando la mirada de la bibliotecaria, volvió a centrar su atención en la foto. Sin duda era ella; su cara se le había quedado grabada en la mente y ya no sería capaz de olvidarla. La esquila rezaba así:

### ***Andrea Aldekoa Langara***

*Que falleció el 11 de Enero de 2.005 en Astrabudua, a los 16 años de edad, en un accidente de tráfico.*

### ***D.E.P.***

*Su madre, Miren Edurne Langara; su padre, Iñaki Aldekoa; sus hermanos, Nerea, Arkaitz y Aritz Aldekoa Langara; tíos, sobrinos, primos y demás familia.*

*Ruegan una oración por su alma.*

*Los funerales por su eterno descanso se celebrarán el **próximo Domingo, día 13**, a las siete y media de la tarde en **La Parroquia de San Lorenzo**.*

*Astrabudua, 11 de Enero de 2.005*

Ahora que ya estaba segura de que el sueño era real, era hora de dar el siguiente paso: buscar a la familia de Andrea y averiguar quien era la otra muchacha que estaba con ella en el momento de su muerte.

Salió de la biblioteca y consultó su reloj: las dos y media. ¡Debía volver a casa enseguida o su madre se enfadaría!

-Ya seguiré por la tarde –pensó, echando a correr hacia su casa.

Tras el correspondiente sermón de su madre sobre la puntualidad y habiendo comido ya, Alex subió a su habitación y se tumbó en la cama, pensando en todo lo que había descubierto.

-Parece increíble lo fugaz que es la vida... un día estas riéndote tranquilamente y al día siguiente puede acabar todo de golpe –murmuró. Los sucesos ocurridos le habían hecho reflexionar.- No es justo... ella todavía tenía mucha vida por delante –al fin y al cabo, ese año debería haber cumplido, como ella, los 17.- Pero, ¿por qué aparece en mis sueños? Yo no estuve allí, no lo vi... ni siquiera salió en las noticias –siguiendo el hilo de sus pensamientos, empezó a cerrar los ojos.- Que cansada estoy...

Poco a poco fue quedándose dormida.

Despertó al cabo de un rato, con el corazón latiendo aceleradamente. Había vuelto a soñar con el accidente, pero con una pequeña diferencia.

-La chica que la acompañaba... he podido verle la cara –susurró. Cuando se calmó un poco, se levantó y se fue directa a la ducha. Al salir, ya vestida, miró el reloj y vio que eran las cinco de la tarde.

-Si me doy prisa, puedo pillar el metro en diez minutos –murmuró. Cogió la cartera y las llaves de encima de la mesa y bajó corriendo las escaleras.- ¡Mamá, voy a ir a Astrabudua! ¡Volveré esta noche! –Y, con un portazo, salió de casa.

Por suerte, llegó al metro justo a tiempo. Se sentó en un vagón que iba casi vacío y bajó en la siguiente parada. Como conocía muy bien el lugar, se dirigió directamente a su cafetería preferida, la Degustación Akeitetxe, que además quedaba cerca de la estación.

-Hola, buenas tardes. ¿Qué desea? –le preguntó la camarera. A Alexia su cara le resultaba familiar, aunque estaba segura de no haberla visto nunca en aquel lugar: tendría, como ella, 17 años, a si que probablemente habría empezado a trabajar allí hacía poco.

-Un bombón, por favor –pidió Alex.- ¿Y podría dejarme la guía telefónica y un bolígrafo?

Cuando tuvo su pedido se sentó en una de las escasas mesas (dos, para ser exactos) y comenzó a buscar.

-Aldekoa, Aldekoa... ¡aquí está! Iñaki Aldekoa, Etxegorri Kalea N°5, 1°B. Número de teléfono... -murmuró, mientras apuntaba la dirección en una servilleta.- Creo que es hora de que me vaya... Tampoco puedo presentarme en su casa y empezar a preguntar, tengo que tener un plan antes de ir a verles.

Con tranquilidad, se levantó y se dirigió de nuevo a la barra, a pagar y a devolverle las cosas a la camarera. No había nadie, a si que se quedó esperando; enseguida entró la camarera, que venía de la terraza. Mientras pagaba, Alex se fijó en la tristeza y soledad que parecía irradiar su rostro.

Al salir, la imagen de la muchacha no paraba de rondarle la cabeza.

Alexia decidió ir, antes que nada, a visitar el lugar de los hechos. Gracias a los sueños, se había dado cuenta de que el accidente se había producido en la esquina de San Lorenzo con Kintone. Las

huellas del coche, que hizo lo que pudo para no atropellar a la chica, y un pequeño ramo de flores en la acera eran los únicos vestigios que evidenciaban la tragedia.

Cuando llegó a su casa subió a su habitación y no bajo ni a cenar, alegando que había comido algo fuera. Se sentó en el banco que había debajo de su ventana, mirando como la luz de la luna jugaba a reflejarse en la ría Nervión, y se puso a pensar en qué les diría a los padres de Andrea. En realidad, no sabía por qué estaba haciendo todo esto. ¿De verdad investigar tanto la ayudaría a descubrir el motivo de sus sueños? ¿Y si no había sido todo una simple coincidencia y ella, ávida de aventuras, había querido ver cosas donde no había nada? Sin embargo, había algo que la empujaba a seguir adelante; y con estas dudas se fue quedando dormida...

*-¡Apártate, Soraya! –gritó una joven. Acto seguido, se lanzó contra la muchacha que estaba apunto de ser atropellada, recibiendo el impacto por ella.*

*-¡¡ANDREA!! –cuando Soraya logró reponerse ya era tarde, su amiga había sido arrollada por el coche.- ¡NO! ¡Andrea, escúchame! ¡Soy yo, Soraya! ¡No te mueras, Andrea! ¡¿Por qué, por qué lo has hecho?! ¡ANDREA! –gritó la joven desesperada, aferrándose al cuerpo de su amiga. Ríos de lágrimas bañaban su rostro.*

Alexia despertó, respirando entrecortadamente, como si acabara de correr en la maratón de Atenas. Le dolía el cuello debido a la postura (se había quedado dormida en el banco, apoyando la cabeza en la ventana) y estaba helada; las noches ese invierno eran especialmente frías y solo llevaba el pijama. Pero no era eso lo que más le importaba a Alexia; era el sueño.

-Ella... la chica... ¡es la de la cafetería! –exclamó con la voz ahogada. Sin darse cuenta, silenciosas lágrimas salieron de sus ojos y recorrieron, sin permiso, su cara. Ligeras gotas de lluvia comenzaron a golpear contra el cristal, como haciendo eco de los sentimientos confusos de Alexia. Aún conmocionada, se levantó y se secó las lágrimas. Decidió bajar a por un vaso de leche caliente. Al poco rato subió con una taza humeante entre las manos y se sentó en la cama, apoyándose contra la pared.

-Bien, repasemos todos los datos adquiridos –se dijo.- Sin saber porque, estoy soñando con la muerte de Andrea Aldekoa Langara, a quien no conocía de nada. En mi sueño aparecen dos personas, ella y una tal Soraya, que podría ser su prima o una amiga muy querida, por el modo en que la salva. Tendré que averiguar que era Soraya para Andrea, no se me ocurre nada más. Aun así, sigo sin saber porque sueño con ellas –suspiró. Dejando la taza vacía en la mesilla, se acostó y volvió a dormirse.

*Una muchacha lloraba amargamente en la soledad de su habitación. Tendida en la cama, se aferraba a la almohada como si fuera lo único que le quedara. De repente, alguien golpeó suavemente y la joven levantó la cabeza, descubriendo así su rostro: tenía los ojos verdes anegados de lágrimas que no paraban de brotar, y la cara contraída en una mueca de dolor.*

*-¿Quién? –preguntó débilmente, con la voz quebrada.*

*-Soraya, cariño, déjame pasar –respondió quedamente la voz de su madre.*

*-No, déjame en paz. No quiero hablar con nadie. No quiero ver a nadie. ¡Sólo quiero estar sola!*  
*-contestó Soraya, volviendo a hundir su cabeza en la almohada. En cuanto escuchó los pasos de su madre alejarse de la puerta, se levantó y sacó un álbum de fotos de una estantería. En él se podían observar un sinfín de retratos, en su mayoría suyos con otra muchacha: Andrea. Había fotos de recién nacidas, de cuando iban al parvulario o de cuando empezaron el instituto. Eran los recuerdos de toda una vida juntas. Recuerdos que ahora se veían empañados por el dolor de la pérdida de Andrea.*

*-Andrea... -susurró Soraya.- ¿Por qué lo hiciste? Fue culpa mía, si no me hubiera quedado parada... si no hubiera tenido miedo, ¡ahora estarías viva! ¿Por qué te has ido?*

*Abrazó con fuerza el álbum y se recostó nuevamente en la cama.*

*Entonces, algo extraño sucedió. La escena se llenó de una extraña neblina y Alexia pudo observar como una figura blanquecina aparecía delante de ella. Era Andrea.*

*-¡Andrea! -exclamó Alexia, conmovida.*

*-Hola, Alex. Necesito tu ayuda.*

*-¿Mía? ¿Para qué?*

*-Tienes que ayudar a Soraya. Lo que acabas de ver es la noche después de mi funeral. Ella se sentía culpable de lo ocurrido, y aun se siente así. Y yo no puedo decirle que esta equivocada -explicó Andrea.- Lo que ocurrió no fue culpa suya, hice lo que hice voluntariamente y volvería a hacerlo si tuviera la necesidad de ello. Si ella no es feliz, si no vuelve a sonreír, no encontraré descanso aquí. Por eso quiero que la ayudes a salir de su soledad.*

*-¿Pero por qué yo?*

*-No lo se. No se porque puedo hablar contigo, pero si se que la puedes ayudar a ella. Por favor, ayúdala.*

*La neblina comenzó a desaparecer y, para cuando quiso darse cuenta, despertó.*

Alexia abrió los ojos con cansancio. Había pasado una noche muy inquieta. Pero, por lo menos, ahora tenía más claro que nunca lo que debía hacer. Primero de todo, tenía que hablar con la familia de Andrea; tenía muchas cosas que preguntarles.

A las once de la mañana cogió el metro que la llevaría, nuevamente, a Astrabudua. Al salir de la estación echó un rápido vistazo a la cerrada cafetería y, con un suspiro, se dispuso a buscar la casa de la familia de Andrea. No fue difícil, pues vivían justo enfrente de la degustación.

Se acercó a la puerta y llamó por el telefonillo. No tardaron en responderle.

*-¿Sí? -preguntó una voz masculina.*

*-¿Señor Aldekoa? -inquirió Alexia.*

*-No, soy su hijo Aritz. ¿Quién eres tú? -respondió Aritz.*

*-Soy Alexia Tellería... me gustaría hablar con tus padres.*

*-Un minuto -por un momento no se oyó nada.*

*-¿Sí? -esta vez, la voz era la de un hombre adulto.*

-Señor Aldekoa, por favor, necesito hablar con usted y con su mujer –rogó Alex.- Es muy importante. Es... relativo a su hija Andrea.

-Sube –la voz del Sr. Aldekoa sonó triste, y Alexia se sintió culpable por venir a recordarles la tragedia.

Cuando llegó, el Sr. Aldekoa se encontraba esperándola en la puerta. Era un hombre corpulento, de pelo y ojos oscuros.

-Pasa –concedió, apartándose. La condujo al salón, donde esperaban su mujer y un chico joven; Alexia dedujo que sería uno de los hermanos de Andrea. Este, al percatarse de la presencia de Alexia, se levantó y se fue, dejándola sola con sus padres.

La Sra. Langara era una mujer muy hermosa, con el pelo color azabache y unos ojos grises que, desgraciadamente, demostraban una profunda tristeza. Alexia pudo apreciar el gran parecido que tenía con Andrea.

El sentimiento de culpa de Alex se agrandó cuando, sentada en el sofá, obtuvo la atención de los dos adultos.

-Sra. Langara, Sr. Aldekoa... primero de todo, lamento mucho lo ocurrido –comenzó Alexia.

-Edurne e Iñaki, por favor –corrigió gentilmente la mujer.

-De acuerdo –aceptó Alex. Aun buscando las palabras adecuadas, comenzó- Verán, el tema es muy delicado, pero en realidad quería hablarles de Soraya.

Los padres de Andrea intercambiaron miradas de preocupación. Al parecer, ellos también habían notado el estado de la joven.

-Por lo que se, ella esta muy mal desde lo ocurrido.

-Si; no se ha perdonado lo que pasó –explicó Iñaki.- Sabes como fue el accidente, ¿verdad?

-Si, se como ocurrió. Y también se que ella se siente culpable.

-No hemos logrado hacerle ver que ella no tuvo la culpa de nada. Nosotros nunca le guardamos rencor; sabíamos que mi hija y ella estaban muy unidas y por eso jamás la culpamos de lo sucedido: Andrea la salvó voluntariamente y Soraya no tuvo la culpa de nada –narró Edurne.

-¿Podrían hablarme de la relación que tenían las dos? –se atrevió a preguntar Alex.- Desde cuando se conocían...

Un poco extrañado, Iñaki contestó:

-Bueno... han estado juntas desde que nacieron. Su familia y la nuestra han sido amigas toda la vida y ellas crecieron juntas. Les tocó siempre en la misma clase y se hicieron inseparables. A veces, llegamos a creer que pensaban como una sola persona –sonrió Iñaki.- Su amistad siempre fue muy fuerte y jamás discutieron. Por desgracia, no tenían muchas amigas más y, ahora que Andrea no está, Soraya se ha quedado sola.

-Ambas creyeron que, teniéndose mutuamente, no necesitarían a nadie más –continuó Edurne.- Soraya siempre ha sido una chica muy tímida y le cuesta hacer amigos, y por eso se encuentra en esta situación. No ha dejado de querer a mi hija y tampoco se ve capaz de buscar nuevas amistades: no se si es por miedo a perder de nuevo a alguien o porqué, pero el caso es que desde hace un año va siempre sola.



-Nosotros sabemos lo que le ocurre y queremos ayudarla, pero en nuestra presencia finge estar bien –explicó Iñaki. Alexia no se perdía una sola palabra.- Se ha encerrado en sí misma y no deja que nadie entre; ni siquiera mis hijos, con los que se llevaba muy bien, han podido ayudarla.

Tras estas últimas palabras se produjo un triste silencio, que Alexia se encargó de romper.

-Intentaré ayudar a Soraya –aseguró firmemente.- Quizás yo puedo hacer algo, debido a que no soy alguien perteneciente a su pasado y no le recordaré lo que ocurrió.

-¿Por qué quieres hacerlo? Tú no la conocías... -se sorprendió Miren Eurne.

-Ya lo se, y por eso quiero conocerla ahora. Hay algo en ella que me dice que debo ayudarla; además, se lo prometí a Andrea.

Ante esta respuesta, los padres de Andrea se sorprendieron aun más. Pero no dijeron nada: si esa chica podía ayudar a Soraya no se lo impedirían, tuviese los motivos que tuviese. Eurne reprimió un sollozo, y Alexia no pudo evitar abrazarla, intentando retener sus propias lágrimas.

-¿Podrían decirme dónde está Soraya ahora?

-Será mejor que Aritz te acompañe; él sabe dónde está –indicó Iñaki.- ¡Aritz! –llamó.

En seguida, el muchacho con el que había hablado al llegar apareció por la puerta. Tras recibir el recado, se fue a por una chaqueta y dejó a Alex despedirse de sus padres.

Minutos después ambos salían, en silencio, rumbo a donde fuera que estaba Soraya. Alexia aprovechó el trayecto para observar a Aritz: era un muchacho alto, de 1'85 metros; su pelo, castaño oscuro, formaba pequeños rizos; y tenía los ojos grises: pudo comprobarlo cuando el giró sorpresivamente la cabeza y la pilló escudriñándole. Después de soltar una risita, se presentó y estuvieron charlando hasta llegar a un parque cercano a la Iglesia. Allí, en un columpio, se encontraba Soraya.

Habían pasado cinco minutos desde que Aritz se había ido y Alexia seguía parada, sin saber que hacer. Decidió acercarse y hablar con ella.

-¡Hola! –saludó, con una pequeña sonrisa. Soraya levantó la cabeza y la miró directamente a los ojos, haciendo que el corazón de Alexia diera un vuelco al leer en ella tantas emociones distintas.- Eres Soraya, ¿verdad? -La interpelada asintió.- Yo me llamo Alexia Tellería. ¿Puedo sentarme? –inquirió, señalando el columpio que había al lado de la otra joven; sin esperar una respuesta, se sentó.

Estuvo un rato en silencio, columpiándose, hasta que Soraya le preguntó:

-¿Qué quieres?

-Ser amiga tuya.

La franqueza con la que Alexia le habló sorprendió a Soraya, quien no supo que responder. Cuando se repuso, contestó:

-¿Por qué?

-¿Tengo que tener un motivo? –rió Alex.- Supongo que no quiero que estés sola. Pero no te equivoques –añadió rápidamente, al ver que Soraya iba a replicar- no es por lástima. Sólo quiero ayudarte a salir de tu soledad.

-Sigo sin saber en qué te afecta a ti mi soledad. ¿Qué te importa lo que me pase?

-Me importa, aunque no te lo creas. Quizás algún día te explique mis motivos. Pero, para eso, tienes que aceptar mi amistad. ¿Qué me dices? No pierdes nada por intentarlo.

A Soraya le sorprendió la insistencia de aquella chica tan extraña.

-Está bien –contestó al fin. Alexia sonrió. Con presteza, se levantó del columpio y le tendió la mano. Aun dudosa, Soraya la aceptó y esbozó una pequeña sonrisa.- Gracias.

-Estás más guapa cuando sonríes –dijo Alexia, haciendo que Soraya ensanchara su sonrisa.- Te invito a tomar algo.

Sin prisa, se encaminaron a un bar cercano.

Llevaban más de un mes quedando por las tardes cuando Alex se dio cuenta de que Soraya no mejoraba. Si bien era cierto que sonreía más a menudo y se la veía más animada, se había percatado de que, cuando tocaban el tema del accidente, se quedaba callada mirando al vacío con una mueca de tristeza.

-De todas formas, esto no puede seguir así –pensó Alex, mientras se preparaba para ir, una tarde más, a Astrabudua.- Ella no se recuperará hasta que no se de cuenta de que no es culpable, y para eso tengo que hablar con ella. Y a pesar de que ya no tengo ningún sueño, necesito que me lo cuente, no por Andrea: yo misma quiero ayudarla. Se ha convertido en alguien muy importante para mí.

A Alex le parecía increíble como, en tan poco tiempo, le había tomado tanto cariño.

Cuando llegó al barrio en el que vivía su nueva amiga, la vio salir de casa de Andrea acompañada de los gemelos, Aritz y Arkaitz (¡menuda sorpresa se llevó cuando lo descubrió!).

-Hola –saludó acercándose a ellos. Los tres respondieron al unísono.

-Bueno chicas, nosotros nos marchamos. *Agur!* –se despidieron los hermanos.

-*Gero arte!* –respondieron ambas. Una vez solas se dirigieron a la plaza Josu Murueta, que quedaba muy cerca, y se sentaron en un banco.

-Necesitamos hablar –comenzó Alex, sin más preámbulos.- Mejor dicho, tú necesitas hablar.

-¿Ah, sí? ¿Y de qué? –preguntó Soraya, con un deje de ironía. Había intentado posponer esa conversación el máximo tiempo posible, pero sabía que algún día no podría eludirla más. Aun así, pensó, haría lo posible por evitarla.

-Del accidente. Ya es hora de que lo superes –Alexia no se dejó amilanar.

-¿Y qué quieres que te diga?

-Quiero saber como te sientes; si no, no podré ayudarte.

-No puedes, nadie puede ayudarme.

-Claro que puedo, sólo necesitas abrir tu corazón y volver a confiar. ¿Qué temes, que se repita la tragedia? Andrea hizo lo que hizo para que tú fueses feliz, no desprecies de este modo su sacrificio.

-¡Yo no desprecio nada! –estalló Soraya, mirando directamente a los ojos de Alex. Sus preciosos

ojos verdes demostraban toda la angustia y soledad que pujaban por salir.- ¿Es que no ves que fue mi culpa? ¡Si yo hubiera reaccionado a tiempo, ella seguiría aquí conmigo! Y por culpa de ese error, ella ha muerto y yo estoy sola, no tengo a nadie más; ella siempre estuvo a mi lado, me aceptó como soy y me apoyó en todo. ¡Y ahora, por mi culpa ya no está! Este año ha sido un infierno pero no puedo quejarme, porque la culpa fue mía –su voz fue bajando de volumen conforme avanzaba.

-Estás equivocada, no fue culpa tuya. ¡Fue un accidente! Y nadie te culpa por ello: ni Edurne, ni Iñaki ni sus hermanos, ni siquiera Andrea. Ella te salvó para que fueses feliz, ya lo sabes, pero tú se lo pagas sintiéndote desgraciada. Andrea solo deseaba, *desea*, que conserves siempre tu sonrisa –le explicó Alex. Soraya estaba en silencio, mirando al vacío.- Soraya, tienes que superarlo y ser feliz de nuevo. Por ti, por tu familia y tus amigos y por Andrea. No estás sola; los tienes a ellos y me tienes a mí. Te dije que te ayudaría y no pienso dejarte.

Amargas lágrimas bañaban el rostro de Soraya. Sin embargo, con ellas se liberaba de todos los demonios interiores que la habían atormentado tanto; y todo gracias a su nueva amiga. En un impulso se echó en los brazos de Alex, descargando todo el dolor acumulado, hasta que logró calmarse.

-Gracias –sonrió; y esta, por fin, fue una sonrisa totalmente sincera.

-De nada -dijo alegremente Alex. Había conseguido su propósito y, verla sonreír así, era la mejor de las recompensas.- Bueno, ¿te apetece un café? ¡Pero esta vez invitas tú!

-De acuerdo –aceptó. Sonriendo, se secó las lágrimas y le tendió la mano a Alexia, quien no dudó en cogerla.

Y, juntas, se dispusieron a afrontar la siguiente etapa de sus vidas.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)